

DE FONETICA VASCA

por

LUIS MICHELENA

LA DISTRIBUCION DE LAS OCLUSIVAS ASPIRADAS Y NO ASPIRADAS

1. La opinión preponderante entre los vascólogos acerca de la oposición entre oclusivas puras y aspiradas, tal como existe en algunos dialectos vascos, podría resumirse así, sin gran temeridad: esa oposición no tiene, en términos de lingüística diacrónica, valor etimológico o bien, desde un punto de vista descriptivo, no se trata de una oposición fonológica distintiva. Esta opinión, en su segundo aspecto, ha recibido una clara formulación en el conocido estudio de René Lafon sobre la aspiración vasca:

“Parece pues que, en los dialectos vasco-franceses, las oclusivas sordas aspiradas y las sordas no aspiradas no constituyen fonemas, sino variantes fonéticas. A cada una de las oclusivas sonoras *b*, *d*, *g* se opone un fonema sordo que se realiza bien como oclusiva sorda no aspirada, bien como sorda aspirada, en condiciones que habrá que tratar de determinar para cada variedad y para la lengua de cada autor” (1).

La demostración precisa de este punto de vista consistiría, pues, en determinar las condiciones en que un mismo fonema se realiza como oclusiva pura o como oclusiva aspirada. A esa finalidad intenta servir este artículo. Como por desgracia no me es posible un estudio directo de los dialectos que conocen la aspiración, tengo que limitarlo a materiales publicados. Me he atendido fundamentalmente, para asegurar la homogeneidad del material, a la lengua de dos autores del siglo XV, Dechepare (Dech.) y Liçarrague (Liç.), y a una variedad actual, el habla de la Baja Soule oriental (SNO=su-

(1) René Lafon, *Remarques sur l'aspiration en basque (Mélanges Gavel, 1948)*, pg. 60. Las referencias a este artículo van señaladas en adelante *Rem.*

letino nord-oriental), tal como ha sido descrito con toda clase de garantías por el Dr. Jean Larrasquet (2).

2. Hay un caso particular que parece particularmente adecuado para fijar alguna de las condiciones en que aparecen las oclusivas aspiradas: el sufijo *-tu* de participio, cuyo origen románico parece estar fuera de duda, se presenta a veces, en algunas variedades, bajo la forma *-thu* (*-thū*). Schuchardt, que se ocupó incidentalmente de esta cuestión, pensaba quizá que esta variante podía estar determinada por el sonido precedente cuando escribía: "Hay algunos verbos que tienen *-thu* en el participio en vez de *-tu*; así *dei-thu* y, tras *r* final, *sar-thu*, *sor-thu*, aunque lo regular es *r-tu*: *ager-tu*, *har-tu*, etc. El grupo *rth* es además muy frecuente en préstamos, por ejemplo: *borthitz*, *verthute*, *zorth* junto a *parte*, etc.; por otra parte, *urthe*, etcétera" (3).

No sería difícil mostrar, con mayor acopio de ejemplos, lo que este punto de partida tiene de infructífero, pero prefiero ponerlo de manifiesto por vía indirecta. La presencia o ausencia de la aspiración en las oclusivas no depende del sonido precedente, excepto en el caso conocido en que éste sea una sibilante o chicheante, en cuyo caso falta siempre la aspiración (cf. *Rem.*, pg. 57) (4).

Basta presentar un número relativamente crecido de casos para

(2) *Le basque de la Basse-Soule orientale*, Collection linguistique publiée par la Société de Linguistique de Paris—XLVI, Paris, 1939.

Para indicar las oclusivas aspiradas, Dech. emplea *pph*, *th* y *qh* (alguna vez *cc*); *Liç.*, *pp* (*ph-*), *k* (mientras *qu* y, *ante a, o, u, c* denotan la sorda no aspirada) y *th*. La notación de Dech. es claramente defectiva, en el sentido de que no siempre queda indicada la aspiración: *vortizqui* junto a *vorthizqui*, *gertuz* junto a *gerthuz*, *icussi* junto a *iqhussi*, etc.

He tenido en cuenta naturalmente los diccionarios de Azkue (Azk.) y Lhande (Lh.), pero sólo los uso de una manera muy restringida, señalando en cada caso la procedencia.

Su inapreciable riqueza léxica los hace de muy difícil utilización en un trabajo como éste, dada la heterogeneidad de sus fuentes y la frecuente imposibilidad de controlar sus datos.

Para las variedades dialectales vascas y algunas publicaciones utilizo las mismas abreviaturas que en un artículo anterior en este BOLETÍN. («De fonética vasca. La aspiración intervocálica», VI (1950), pgs. 443-459).

(3) *Primitiae Linguae Vasconum*, Halle, 1923, § 156, pg. 30. En este sentido lo entendió Lafon que remite expresamente a este pasaje de Schuchardt: «Dans les dialectes basque-français, il devient *th* après *r* ou après diphtongue: Liçarrague a *deithu* «appelé», *sarhu* «entré», *sorhu* «mé», *neurhu* «mesuré»; toutefois *agertu* «apparu» a gardé son *t*, ainsi que *hartu* «pris», ce dernier à cause de son *h*-initial. Le *th* apparaît aussi dans *bathu* «uni, rencontré», de *bat* «un». Le système du verbe basque au XVII^e siècle, II, pg. 13.

(4) En Larrasquet (pg. 204) encuentro, sin embargo, *suskhändera* [*ssüsskhändea*] «lézard», dado como suletino común.

encontrar la norma de la distribución complementaria de ambas variantes. Tenemos, de una parte, Dech. *sarthu*, *sorthu*, *valhu* (cf. *gerthuz* “ciertamente”); Liç. *deithu*, *neurthu*, *onthu* (Ap. 14, 18) *sarthu*, *sorthu*, *çaurthu*; SNO *déithü*, *góithü* “vaincre”, *górt(h)ü*, *greüthü* “devenir progressivement dégoûté”, *lánthü*, *léinthü* “polir”, *lóthü* “dormir”, *minthü* (pg. 201 s. v. *samin*), *sárhü*. Por otra, Dech. *chotiltu*, *loxatu*, *samurtu*; Liç. *aguertu*; SNO *agértü*, *agórtü*, *aizátü*, *ausártü*, *bardintü*, *be(r)ótü*, *edértü*, *ezagütü*, *gazitü*, etc. Salta a la vista que la característica común de los primeros, cuyo número es reducido, es la de ser todos ellos bisílabos, mientras que los segundos, cuya lista podría aumentarse indefinidamente, tienen todos más de dos sílabas.

Un caso semejante, con otro sufijo de participio (5), se nos ofrece en Liç *ilki* [*ilki*] (Dech. *ialgui*), SNO *élkhi*, *jálkhi*, frente a Dech. *edugui*. Liç. *ebaqui*, *iguriqui* SNO *ebáki*, *etréki*, *idéki*.

Esto me lleva a terreno conocido. En esta misma revista (VI, 1950, página 457), he formulado la ley que regula la presencia o ausencia de *h* en el lugar de una *-n-* intervocálica anterior de la siguiente manera: “En palabras disilábicas, los dialectos con aspiración —y particularmente el suletino— conservan siempre la *h*; en los trisílabos, ésta se conserva entre la primera y la segunda sílaba y falta entre la segunda y la tercera”. Esta redacción podría sin duda modificarse con ventaja empleando una terminología más neutra (sin aludir a la posible pérdida de *h*) y eliminando la restricción innecesaria que supone la palabra “trisílabos”. Pero, concebida aproximadamente en los términos siguientes: “La aspiración, en el lugar de una antigua *-n-* intervocálica, falta al comienzo de la última sílaba, excepto en los bisílabos”, no he encontrado desde entonces razones que pongan en cuestión su validez.

Ahora vemos que la misma ley puede aplicarse a las oclusivas. Y esto no solamente en el caso particular que acabamos de considerar, sino para los nombres y formas nominales del verbo en general (6). Por no extenderme, me limitaré a aducir algunas muestras:

(5) Lafon, *Syst.*, II, pg. 14.

(6) Las formas personales del verbo exigirían un estudio especial, pues, como en otros casos, las condiciones fonéticas a que están sometidas no son las mismas que las de los nombres. De aquí la diferencia entre Dech. *iqhussi*, Liç. *ikussi* y Dech. *dacussat*, etc., Liç. *badacussat*, etc., como ya lo vió Schuchardt: «es el efecto de una diferencia de acento». (*Prim.*, § 106, pg. 26). La aspiración es en general menos frecuente en las formas personales. Como ejemplo de vacilación citaré, tomándolo de Larrasquet (pg. 19), la diferencia entre *balekio*, *balekie*, *balekit*, etc., de la zona de Tardets y *balekhyó*, *balekhyé*, *balékhit*, del SNO.

Dech. *vorondate*, Liç. *açauto*, *arropa*, *buruca*, *çapata*, *ezpata*, SNO *abéntü*, *erreka*, *erróta* "rueda", *ezpáta*, *mendékü*. Esta es verosimilmente la causa principal, aparte de la analogía, del fenómeno observado por Lafon (*Rem.* 59) de que la aspiración tenga tan poca importancia en los sufijos de derivación.

Insisto, para evitar posibles confusiones, en que esta ley, que es claramente restrictiva, debe formularse en términos negativos. No toda oclusiva que se encuentre en una posición en que podría realizarse como aspirada se pronuncia necesariamente así. Simplemente, *en palabras que tienen más de dos sílabas, la oclusiva inicial de la última sílaba no es nunca aspirada* (7).

3. Una vez sentada esta premisa negativa, trataré de establecer algunas determinaciones positivas, válidas al menos en orden a frecuencias mayores o menores. En este sentido preciso utilizaré, para abreviar, las denominaciones de tipos "regulares" o "normales" y de tipos "irregulares" o "anormales". Hay que recordar, antes de empezar este examen, el hecho bien conocido de que se da en vasco una especie de "Ley de Grassmann", es decir, que no coexisten dos aspiraciones en la misma palabra (*Rem.*, pgs. 56-57) (8). Así se explican, como hemos visto señalaba Lafon, Dech, Liç. *hartu* o SNO *heltü*.

De no haber causa de disimilación, se puede afirmar que las oclusivas sordas interiores, excepto en la posición antes citada, se realizan normalmente como aspiradas. Y no solamente en posición intervocálica, sino también tras *r*, *l* o nasal, en los casos en que tras *l* o nasal no se hayan sonorizado. Pueden servir de muestra:

(7) No excluyo naturalmente la posibilidad de casos especiales. Hay que contar además con los errores, principalmente de imprenta, que pueden aparecer en los textos. Así, p. ej., Liç. *eyarthu* (Mt. 13, 6; en el índice de Lc. 6 hay un *escu eyarrha* claramente imposible), cf. Liç. *eyhar* y *eyhartu* (Mc. 9, 18) (*eihartu* también en Oihenart, *Poesías*, pg. 51); *garaitu* (Ap. 13, 11), cf. *garaitu*, *garaita* (Ap. 3, 21) y Oih. *garhaizea* (*Prov.* 550), *garhaita* «l'avantage» (*Prov.* 629). El *barathü* que se lee en las poesías de Etchahun, publicadas por Lhande y Larrasquet (Euskaltzaleen-Biltzarra, 1946, pg. 65), debe estar, si puedo aventurar una conjetura con mi imperfecto conocimiento del suletino, por *baratü* (cf. SNO *baátü* «rester» «s'arrêter»). En Azk. encuentro un *EN anetha* «hinojos».

Las excepciones principales son compuestos como SNO *a(r)akhói* «carnívore», donde debe tenerse en cuenta la posición del acento, y S (Azk.) *artolha* «cabaña de pastores en la montaña», basado en el simple *olha*. Cf. SNO *sarjálkhi* «entrée et sortie».

(8) Excepto, al parecer, en algunos compuestos: Dech. *hilhoça*, Liç. *hilebethe*. Pero haría falta saber hasta qué punto se trata de grafías etimológicas e incluso si se trata de verdaderos compuestos.

Dech. *apphur*, *apphez*, *epphe*; *bethe*, *belhi*, *dithi*, *othe*, *othoy*, *vathi*; *vrthe*, *leghu*, *vghen*.

Liç. *appain*, *appur*, *appel*; *çathi*, *muthil*, *othi*; *ar'ha*, *bortha*, *çorthe*; *gako*, *laket*; *alki*, *golko*, *mulko*; *aurkán*.

SNO. *ápho*, *áphal*, *épher*, *láphtz* "marne", *lépho*, *óphíl*, *ürpho*; *átthe* "montón", *éthen*, *gáthü* "gato", *ítho*, *móthel*, *xáthar*; *átthe*, *gátho*; *ártho*, *árthhen*, *orthüts* (con acento en la ü); *mánthar* "camisa de mujer"; *ákher*, *bákhox*, *békhan*, *lákhatz*, *ókher*, *zákhar*; *élkhi*, *mólkho*; *zánkho*.

Y en palabras de más de dos sílabas:

Dech. *appayndu*; *bothere*, *gathibu*, *verthute*; *beqhatu* (y *beqhatore*), *iccassi*, *ioqhatu*, *yqharatu*; *barqhatu* (y *barqhamendu*).

Liç. *appaindu*, *guppida*; *aithortu*, *atharbe*, *çathitu*, *deithore*, *ithurri*; *ekarri*, *ikaratu*, *ikeçu*, *vkaldi*; *bulkatu*, *galkatu*; *merkatari*, *vrkatu*.

SNO. *aphi(r)ila*, *epháile*, *ephántxü*, *Laphúrdi*; *ürrüphéa* (9), *emphá(r)ü*, *emphéllü*; *athértü*, *athórra*, *mathéla*; *ba(r)anthállá* "febrero", *enthegátü*, *lanthátü*; *akhüllü*, *makhila*, *okhó'ü*; *inkhatz*, *txinkhor*, *ünkhüde*.

Entrando ahora en consideraciones históricas, se podrían proponer algunas razones particulares para explicar por qué este tipo no se ha generalizado, es decir, por qué la pronunciación aspirada de las oclusivas no se da en todas las ocasiones en que teóricamente sería posible.

En Dech. Liç. *chipi*, *guti*, SNO *ttipi*, *txipi*, *güti* se puede pensar fundamentalmente en una pronunciación palatalizada (cf. G. *gutxi*, V. *gixi*) que ha impedido la aspiración. El hecho de que en *aita* y *maite* falte también la aspiración confirmaría la aguda hipótesis de Holmer (BRSVAP, VI, 1950, pg. 404) que ve en el grupo *-it-* la resolución de una *-it-*.

La oclusiva de *jakin* "saber" es también al parecer no aspirada en todas partes (Rem., pg. 57). De aceptarse la explicación que antes he sugerido, las formas personales (Dech. Liç. *daquit*, etc.), en las cuales sería normal la falta de aspiración y que parecen haber sido muy usadas en todo tiempo, habrían extendido esta pronunciación a las formas nominales. Esta tentativa, que tendrá algún buen punto de apoyo, no carece de cierta arbitrariedad (como no es infrecuente en lingüística histórica, su principal fundamento estribaría en una

(9) Larrasquet (pg. 21) corrige en *ürrüphéa* «plaine étendue» el *ürrüphe* «terrain plat» dado por Ih. En vista del S. (Azk.) *ürrupeira* (sic) «terrenos llanos de varios dueños y sin separación de paredes», se tratará probablemente de un representante del lat. *ripa* (Meyer-Lübke, REW³ 7328): cf. esp. *ribera*, prov. *ribiera*.

necesidad subjetiva de explicar los fenómenos), pues habría de aceptarse que el entrecruce de acciones analógicas había creado una situación confusa ya en fecha temprana (10).

Es natural también que el tipo *-tu (-ki)*, el más frecuente por mucho, haya ejercido una acción analógica en la formación de otros participios. Así encontramos, p. ej., SNO *dóitü, jáuntü* o Liç. *iaiqui* (SNO *jáiki, jéiki*), *iaiqui*.

Un tercer grupo lo constituyen préstamos, a lo que puedo juzgar, algunos indudablemente muy antiguos: Dech. Liç. *baque* (SNO *bake*, Dech. *vaquetu*), Dech. Liç. *neque* (SNO *nékez*) (11), Liç. *ceta* "seda" (SNO *zéta*), *gorputz, laco, lecoa, lucuru, mutu, trunco*; SNO *ánka, apádü, daatü(r)ü, meta, nókiü* (pero Liç. *noku*), *oküpü* "encinta". Es natural pensar que los elementos extraños que desde hace siglos están entrando continuamente en la lengua no siempre pudieron ser asimilados completamente o bien que su acomodación se fué haciendo de maneras distintas. Y, si se prefiere pensar en la influencia de sistemas más bien que en elementos léxicos sueltos, no se ofrece menos naturalmente al espíritu la idea de que la estructura fonológica tan diferente del latín y de los dialectos románicos que desde hace siglos rodean y penetran la lengua ha podido tener como consecuencia, en este caso como en otros, que no encontremos más que tendencias que no llegaron a pleno desarrollo o restos más o menos abundantes de sistemas.

Como es natural quedarán además otros casos que habrá que clasificar y estudiar en detalle (12).

(10) Aparte de *ikhusi: dakusat*, ya mencionado, tenemos Liç. *ethorri* (part.), *dathor, dathorren, dathorrela, niathorrec, athor, bethor*, pero *dathocen, gatocen, banatorque* (*baniatorquec*), *badatorque, çatozte* (imp.), donde al parecer la aspiración falta en las formas de plural y en las provistas del suf. *-ke* (Dech. *nator, nyatorqueçu*), y Liç. *ekarri* (part.), pero *decarque, dacarquetela, dacazquet, çacarquela, çacarquetela* (aunque también *daccarraquen, daccarqueçe*, pero ninguno con *k*), Dech. *dacarrela, dacarrela, dacacela*. En las formas de imp. como Dech. *eqhardaçu*, Liç. *ekardaçe* se trata seguramente de una aglutinación reciente.

No carece tampoco de interés el hecho de que a veces falte en las formas nominales del causativo la aspiración que hay en las del simple: Liç. *eracutsi, iracatsi*, SNO *e(r)akatsi, i(r)akutsi*. Cf. también Liç. *iracurri*, SNO *i(r)akur*. Liç. tiene en cambio *erekarri* (SNO *e(r)ákhar* «faire porter»), con aspiración hasta en las formas finitas (*exterakarran*).

Es sin duda muy extraño el *vaduqheçu* de Dech.

(11) Hay varios casos en que las formas infinitas de verbos denominativos presentan una aspirada que falta en el nombre: Liç. *nekatu* junto a *neque*, SNO *maithátü* junto a *máite*.

(12) Es muy interesante el SNO *óker* (y *ópets*) «eructos», que al parecer se distingue por la falta de aspiración de *óker* «torcido». Existe una variante *poker* que ocurre en Oih. (Prov. 496) y es además AN (Baztán), BN y L común, según Azkue.

4. Quedan por estudiar los casos de conflicto entre varias aspiraciones. Tomada la cuestión en abstracto, se piensa inmediatamente en los casos en que la aspiración de una oclusiva interior no haya podido producirse a causa de la aspiración inicial o, a la inversa, en la pérdida de ésta a causa de una oclusiva aspirada interior. Pero un examen sumario del material basta para convencernos de que el tipo *epher*, *ethen*, *akher* predomina de tal manera que debe ser considerado como normal, y que las excepciones, cuyo número es reducido, tendrán que ser objeto de estudio especial. Examinamos a continuación algunas.

Está, en primer lugar, el tipo ya estudiado de participios como *hartu*, SNO *hértü*, *húnthü*, *húrtü*. Los dos últimos están formados sobre *hun* y *hur*, y los dos primeros, que corresponden al fondo antiguo de la lengua, habrán recibido el sufijo en fecha no demasiado antigua (13).

Del tipo normal se apartan también ciertas voces imitativas como SNO *hápa* "áupa" y *hapataka* "galop d'une bête de course".

El SNO *hátü* "effets de toute nature; moyens, richesse" es un préstamo: cf. esp. *háto*, port. *fato* (REW³ 3218). También es muy probablemente un préstamo Dech. *hautatu* (según Azkue, BN y L común, con extensa familia) (14). En todo caso, parece que la terminación *-tatu* (y *-katu*) de participios no recibe nunca, o casi nunca, la aspiración (Liç. SNO *debetatu* (-tü), SNO *eskütatü*, *guitatü*; Dech. Liç. *mendeca-*, SNO *antzakatu*, *bedekatü*, *bürukatü*).

Otro caso anormal es Liç. *hunqui*, SNO *húnkü*. La comparación con *ukitu*, *ikutu*, *ikuitu*, y la falta de sonorización de la oclusiva parecen indicar que la nasal es reciente, resultado quizá, como podría también ser la aspiración, de una influencia extraña (15).

(13) Liç. (Ap. 18. 7) traduce con *vrthueria* el gr. *pénthos*. Su primer elemento es probablemente el part. *vrthu* (Liç. *vr*, SNO *hur*). No conozco la etimología del SNO *hértü* «diminuer de volume, de quantité».

(14) K. Bouda (E.-J. IV (1950), pg. 326, núm. 18) lo deriva del lat. *optatum*. Pero, dada la falta de representantes románicos de *optare*, será tal vez preferible pensar en *aptare* (y *aptus*) con una pronunciación del grupo *-pt-* análoga a la de ciertos cultismos gallegos. Esta pronunciación está atestiguada para *adaptus* por el prov. *azaut* «bonito, hábil» (cf. cat. *asalt*), *azautar* «complacerse en algo» (REW³ 146).

El lat. *adaptum*, precisamente con asibilación de la apical como en provenzal, podría ser también, mejor que *fascis*, el origen de Liç. *azauto* «manojos», AN, G, L, V *azao*, V *azau* «haz. gavilla» (SNO *azáu*, con *z* sorda, «gerbe (de blé)»; derivado *azautü*): cf. el esp. *atado*.

Una aspiración no etimológica ante *au-* se da en *hauzu*, *haizu* «permitted, licito», S (Azk) *haizü izan* «atreverse», del lat. *ausus* (REW 809).

(15) R. Lafon (RIEV, XXV (1934), pgs. 54-55) piensa que la conservación de *u* ante *nk* es normal en suletino. La conservación de *u* sería en

5. En palabras que empiezan por una oclusiva sorda —préstamos en su mayoría— ésta es a veces aspirada y a veces no aspirada. Se puede pensar una vez más en el conflicto entre tendencias internas e influencias de la fonología románica. Los ejemplos de aspiradas en Dech. y Liç. no son abundantes: Dech. *phorogu* (*phorogatu*), *phundu*, *thornu* (que tal vez es una grafía etimológica); Liç. *pherde*, *phorogatu*, *thumba*, *kardu*, *keinu*, *keichu*. Puede que la aspiración de las oclusivas iniciales no se haya indicado consecuentemente en las obras de estos autores, pues en SNO los ejemplos son abundantes.

En palabras antiguas, con todo lo que esta denominación tiene de impreciso, la pronunciación aspirada parece normal: Dech. *qhen*, Liç. *thu*, *thustatu*, *karmindu*, *ke*, *ken*, SNO *phiztū* (16); *théiū*, *thū*, *khe*, *khéntū*, *khiño* "mal gusto", *khózū* "contagio", *khápar* "planta espinosa".

Tal vez *quirax* en Dech. sea una notación defectuosa, teniendo en cuenta Lic. *kirestu*, SNO *khá(r)ats* "aigre, amer, au goût" (R. Lafon, E.—J., III (1949), pgs. 150-151). Liç. *quide* "coetáneo" podría explicarse por su empleo como sufijo (17): cf. Liç. SNO *arte*.

Liç. *calle* "perjuicio" constituye un caso muy interesante. Según Azkue, *kalle* es conocido sin variantes en todos los dialectos, excepto el suletino. Esta palabra, que se ha relacionado con *galdu* (Gavel, *Phon. basque*, pg. 375), presenta además la anomalía del grupo *-lt-* cuya oclusiva parece no haberse sonorizado en parte alguna.

6. Cuando en la misma palabra hay dos oclusivas sordas situadas ambas en posición en que la pronunciación aspirada es teóricamente posible, si una de ellas es aspirada, lo es siempre la primera (18). Esta norma, que se percibe sin dificultad, la he formu-

este caso una prueba de la relativa antigüedad de la nasal. De todos modos, faltan ejemplos para una demostración concluyente.

(16) Aunque H. Schuchardt (*Prim.* § 135) y Karl Bouda (*Das transitive und intransitive Verbum im Baskischen*, pg. 64) parecen dudar que *bizi* y *p(h)iztu* (cf. *biztu*) estén etimológicamente relacionados, no creo haya razón para ello.

(17) Sobre (*k*)*ide* datos completos en R. Lafon, E.—J., III (1949), páginas 146-149.

(18) Larrasquet (pg. 22) rechaza expresamente la existencia de S *parthitū* «partager», señalada por Lhande, corrigiéndolo en *phartitū* «partager, partir».

Será también un error la forma *cathina* dada como suletina por Liç. El SNO es *khatña*.

Cabe preguntarse si *f-* será también causa de disimilación: cf. Liç. *fico*, *ficotze*. (SNO *phiko*). No conozco ningún caso de coexistencia, pero los ejemplos de *f* son raros. Así podría explicarse la falta de aspiración en Axular *faun* (del mismo origen que AN, G *baio* «vacío, hueco» al que Bouda ha

lado ya yo mismo (BRSVAP, VI (1950), pg. 446) y probablemente otros con anterioridad. En SNO, p. ej., tenemos: *kháka*, *kháko*, *khal-katü* "gaver", *khantü* "proximite", *khapar*, *khentü*, *khólko*, *khórpuz*, *khóрте* "cour (d'un souverain)", *khüntü*, *khüto* "rapide, prompt"; *pharkatü*, *phartitü*, *phertika*, *Pheti(r)i* "Pierre", *phika* "pie", *phike*, *Phintakóste* (y *Phünta-*), *phiper*, *phüntü*; *théka*, *thipil*, *thipíña*, *tháti*, *thórpe*. Salvo alguna excepción (SNO *aphottoro*, S (Azk.) *aphotteka* "vomitar"), esto equivale a decir que, cuando hay dos oclusivas sordas en la misma palabra, es siempre la inicial, si alguna, la aspirada.

En SNO no he encontrado ejemplos de oclusiva aspirada en interior de palabra cuando la oclusiva inicial, al ir seguida por ejemplo por *r*, no podía aspirarse.

La aspirada inicial ha disimulado una aspiración que normalmente habría estado presente al comienzo de la última sílaba en SNO *khíño* "mauvais goût" (ronc. *kfo*, con *i* nasalizada). Pero hay algunos casos de aspiración intervocálica en palabras que empiezan por una oclusiva sorda no aspirada: *kehélla* "barrière, claie, porte à claire-voie", *tahárna* "auberge", *trahéll* "personne affecté d'une difformité des jambes".

Vemos, pues, que en las palabras que empiezan por una oclusiva sorda —y son generalmente préstamos (19)— se distinguen claramente dos tipos: uno en que esa oclusiva es aspirada y otro en que es pura, y en este último caso no hay otra oclusiva aspirada en la misma palabra. Un examen detallado mostraría posiblemente que las palabras del primer tipo pertenecen en general a un estrato más antiguo que las del segundo. Pero siempre habrá que contar con la interacción de ambos sistemas cuya coexistencia, con vitalidad creciente o decreciente de cada uno de ellos, ha debido de ser muy larga. Esto sin contar el tipo con oclusiva inicial sonora, que ha sido considerado normal para el estrato más antiguo, pero cuyos efectos se sienten aisladamente incluso en préstamos muy recientes.

encontrado una correspondencia en circasiano): cf. *bahe*, *zahu*, etc. Pero también encontramos en Ax. *plavndu* «arrasar» (pg. 32) y, según Oih., *deblauqui* o *deblouqui* se usaba en Sara y Ascaín (RIEV, IV (1910), pg. 220).

(19) Bouda presenta una ecuación verdaderamente satisfactoria —satisfactoria al menos si el período de comunidad lingüística vasco-caucásica fuera cosa reciente— entre el georg. *t'it' vel-i* «nu, chauve» (Meckelein da sólo «nackt») mingr. *t'ut' eli* y S *thipil* «espulgado» (Chaho), «claro (en un bosque)», «mero, desnudo, neto», *thipültü* «pelar, desplumar(se)». Hay además la variante *bip(h)il* (AN. BN, L) que tiene en una variedad labortana el sentido de «valiente, resuelto», *bip(h)ildu* «desplumar(se)» y «saquear, robar». Pero posiblemente ofrezca una explicación más sencilla el lat. *depilare*, etimología que creo haber visto propuesta en alguna parte.

7. Para terminar estas consideraciones sobre la distribución de las oclusivas aspiradas, quiero dejar sentado que el principio de que la aspiración está condicionada por el número de sílabas de la palabra tiene un alcance general. Aunque mi estudio se ha limitado a las oclusivas, cuanto he podido ver hasta el momento me confirma en la creencia de que la aspiración —sea ésta intervocálica, tras diptongo o tras *n* (*n̄*), *l* (*ll*), *r* (*rr*)— falta siempre al comienzo de la última sílaba de palabras de más de dos sílabas (20).

Si puedo permitirme una tentativa de explicación, aventuraría ésta, a título meramente provisional. Parece natural pensar que hay una conexión entre la presencia o ausencia de la aspiración y ciertas variaciones de acento o de entonación, aunque no sé si esta conexión será objetivamente necesaria. Recordando la historia del galés donde *-h-* sólo se ha conservado en posición pretónica después que el acento retrocedió una sílaba, (galés med. *ehawc*, mod. *eog* "salmón"; mod. *eang* "ancho", pero *ehangder* "anchura") (21), cabría pensar que la aspiración vasca sólo se ha producido —o conservado— delante del acento. Habría que admitir en ese caso que los bisílabos tuvieron una acentuación distinta de las demás palabras, de modo que tendríamos *bahé*, *lihó*, *xahú* (y *aphál*, *athé*, *okhér*), pero *aháte*, *diháru*, *aréa*, *arráin* (y *epháite*, *ethórri*, *ekhárri*, *ezpáta*, *ebáki*). La acentuación de estos últimos es la que de hecho tienen en suletino y formas como SNO *a(r)akhói*, ya citada, y SNO *arrathú* (con *u* nasal) "rata" (que, por otra parte, supone una forma antigua **-one*) parecerían confirmar este punto de vista. Pero la acentuación de los bisílabos, salvo casos especiales, es también paroxitona en suletino y no hay el menor testimonio directo de que en alguna parte haya existido el acento que a base de las consideraciones anteriores se podría quizá postular para una época más antigua (22).

Aquí estaría también la explicación de la aspiración que aparece detrás de *r* (*rr*) o *l* en algunas palabras y precisamente en inicial de la supuesta sílaba acentuada, pues, en algunos casos, a juzgar por la etimología, ha nacido dentro del vasco mismo: SNO *bilho* "pelo" (Liç *bilo*), *gelhá(r)i*, Axular *solhas-* (SNO *soláz*: cf. esp. *solaz*); SNO *á(r)he* "rastra" (der. *arhátü*), *sóho*; S *béhez* (*Rem.*, pg. 59), Oih. *garhaitu* "vencer, superar" (BN, L, S, según Azk.); SNO *aurhide*, que

(20) Esta limitación no puede extenderse a un documento medieval como la reja de San Millán, donde la letra *h*, cualquiera que sea su valor fónico, aparece en esa posición (*Hagurahin* —con doble *h-*, *Hereinzguhin*) como también una vez tras sibilante (*Malizhaeza*).

(21) H. Pedersen, *Vergleichende Grammatik der keltischen Sprachen*, I, pg. 290, § 195.

(22) Obsérvese que las vocales protéticas (*errotá*, *arropa*, *arroka*; cf. también *ezpata*) deben tenerse siempre en cuenta como otra sílaba cualquiera.

ha disimilado la *h*- de *haur*. En posición tras diptongo, S *góihen* (23).

Se trata sin duda de un fenómeno de silabación: la consonante inicial de la sílaba acentuada fué atraída a la sílaba anterior. Este fenómeno pudo estar determinado por los compuestos, tan abundantes en la lengua y cuya frontera con los derivados es tan difícil de trazar, en que sin duda predominaba ese corte de sílabas. Basta recordar, para *n*, Dech. *anhiz*, *senhar*, *vnharzun*, Liç. *anhitz*, (SNO *hánitx*), *ginharreba*, *onherran*, *onhelsi*, *senhide*, *sinheste*, SNO *enhüde* (con *ü* acentuada).

En los compuestos debió haber, como puede verse por la posición de la aspiración en los últimos ejemplos, una retrotracción del acento del último elemento, cuando éste era bisílabo. Este acento era seguramente el acento principal del compuesto. Por otra parte, cuando el primer elemento era un bisílabo, éste perdería su acento propio y, si lo conservaba con carácter secundario, cambió de posición pasando de la segunda a la primera sílaba. De este modo se explica el hecho de que la *-i* (y probablemente la *-u*) de los bisílabos se perdiera regularmente al pasar éstos a ser primer elemento de compuestos (*bekain*, *betazal*; *saittsu*, SNO *bürhézür*); por otra parte, por la misma causa, *-e* y *-o* se cambiaron en *-a*, si este fenómeno, como creo, fué fonético, aunque quizá favorecido por alguna analogía. En palabras de más de dos sílabas, la última se perdió, es decir, se perdió su vocal, excepto probablemente en algún caso en que hubiera quedado como final del primer elemento una oclusiva labial. De aquí las formas de composición como *eliz-*, *euskal-*; *abel-*, *senit-*; *arat-*, *ugal-*; *itxas-*, *tolet-*; *berant-*, *ezkont-* (24).

(23) La aspiración es más frecuente detrás de *l*, aunque hay casos de vacilación como Dech. Liç. *alaba*, SNO *alhába* e incluso alguna palabra en que nunca hay aspiración, hasta el punto de que casi es de regla en voces relativamente antiguas. Hay, por el contrario, bastantes palabras en que falta siempre tras *r*: *bero*, *buru*, etc. Pero, aunque estas condiciones puedan servir para apoyar la presunción de que los grupos *lh* y *rh* (Liç. distingue *rrh* de *rh*) no tienen valor etimológico, sería prematuro generalizar esta tesis sin un examen detenido de la totalidad del material.

(24) Esta es la explicación del SNO *orgambide*, *organhága* (*orgánta* no es completamente claro para mí) que Larrasquet explica, a mi entender erróneamente, por *orgaren bide*, etc. Porque el SNO *orgá* (con *a* nasal) «charrette» supone, teniendo en cuenta su acentuación irregular y la nasalización de la vocal final, una forma **orgán-* (más una vocal). La pérdida de la última vocal en los compuestos es anterior al parecer a la de *-n-* intervocálica, como indican las formas (especialmente vizcaínas) *ardán-*, *aren-*, *arran-*, *borin-*, *burdin-*, *don-*, *garan-*, *kanpan-*, *pazin-*, *sen-*, *tupin-*, etcétera.

Habría que hacer la misma observación a propósito de SNO *bigá* (con *a* nasal) «génisse de dix-huit à trente mois»: cf. V. *bigae* y el extendido *bigantxa*.

Por un error, la segunda parte del artículo "De Fonética Vasca" de Luis Michelena, en lugar de ir a continuación de la primera, va separada por "El vascuence y la lingüística", sin indicación de autor, en las páginas 571-582.

LA SONORIZACION DE LAS OCLUSIVAS INICIALES

A PROPOSITO DE UN IMPORTANTE ARTICULO
DE ANDRE MARTINET

1. El artículo de André Martinet "De la sonorisation des occlusives initiales en basque (*Word*, 6, 1950, pgs. 224-233) tiene, aparte del valor de su aportación original a la solución de este difícil problema, una gran importancia por dos razones. En primer lugar, por el hecho de que su autor, con su excepcional autoridad en cuestiones fonológicas, haya sido atraído —y esperamos no sea por última vez— por los complicados problemas de la fonética histórica vasca. Y, en segundo lugar, por la acertadísima orientación metodológica que preconiza expresamente al final de su trabajo: "No se nos oculta el carácter hipotético de las restituciones que más arriba hemos propuesto, pero creemos que los vascólogos podrían inspirarse en ellas para ver si de ellas puede obtenerse una teoría fonética del vasco común que explique estructuralmente toda la variedad de las formas lingüísticas vascas... Sea cual fuere el interés y la importancia de estas investigaciones [de comparación euskaro-caucásica], opinamos que deben ir acompañadas de estudios comparativos de menor envergadura, y nos parece que se ganará con aplicar al estudio comparativo del vasco, como al de tantas otras familias lingüísticas, los métodos de la lingüística estructural".

Creo, en efecto, que en los estudios de fonética histórica vasca es urgente la investigación de menudas cuestiones de detalle, que muchas veces se pasan por alto, y al mismo tiempo la consideración amplia de esos detalles que trate de integrarlos en un sistema y busque su conexión estructural. La formulación de teorías de carácter muy general, para lo cual será siempre inapreciable la experiencia adquirida en campos lingüísticos mejor conocidos, no puede considerarse como un juego vano, sino como una necesidad científica ineludible, puesto que una teoría queda justificada, aunque falte de momento una demostración adecuada, por su misma sencillez y valor explicativo. Y muchas veces no será difícil encontrar en su apoyo una convergencia de detalles de gran fuerza corroborativa. Las investigacio-

nes etimológicas de gran alcance no harán con esto sino adquirir una base de seguridad que hasta ahora generalmente les falta (1).

Las condiciones especiales, tan acertadamente puestas de relieve por Martinet, en que se ha realizado la evolución fonética de la lengua vasca, sometida durante siglos a la presión externa e interna de las lenguas vecinas y con una estrecha y constante relación de dialecto a dialecto, pueden tener como resultado, por otra parte, que las modificaciones que hayan de introducirse para su estudio en los métodos comparativos tradicionales no dejen de tener un gran interés para la lingüística comparativa en general. Pero para ello será necesario que la vascoología salga del estadio intermedio en que vive para buscar ante todo el rigor y la precisión, con un gran amor por el dato escueto y la teoría amplia y comprensiva.

2. Para los lectores del BOLETIN a quienes no sea accesible la revista americana, doy aquí un resumen, que desearía lo más breve y objetivo posible, de las ideas de Martinet. Una buena parte de lo que conocemos de la evolución fonética vasca se ha establecido, como es bien sabido, merced al estudio de los préstamos y muy particularmente de los préstamos latino-románicos. Es sabido también que muchos de éstos, presumiblemente los pertenecientes al estrato más antiguo, presentan en posición inicial una oclusiva sonora en vez de la sorda original, mientras que las oclusivas sordas latinas intervocálicas se han conservado por el contrario sin sonorizarse: *bake*, *bike* (del lat. *pacem*, *picem*), etc. En opinión del autor, "la evolución fonética normal del vasco tendía hacia un tipo fonológico en que cada uno de los tipos oclusivos labial, apical y dorsal debía estar representado en posición inicial por un solo fonema de realización sonora, en posición final por un solo fonema de realización sorda, en interior de palabra, al menos entre vocales, por dos fonemas, uno sordo (a veces aspirado) y otro sonoro". Teniendo en cuenta siempre que este sistema teórico no es el del vasco actual, puesto que en

(1) Como muestra de hasta qué punto las ecuaciones etimológicas de palabras vascas con las de otras lenguas se han dejado guiar por un concepto acientífico de «parecido», citaré un ejemplo de Schuchardt: su paralelo de AN *umerr* «cordero» con acadio *immeru*, arameo, árabe *immar* (RIEV, VII (1913), pg. 315, núm. 55). Este, incluido en una lista que se recorre rápidamente con la vista, puede ser hasta impresionante, pero, si se recuerda que la *b*- del segundo elemento de un compuesto se pierde fácilmente al quedar en posición intervocálica (basta recordar, en toponimia, el actual *Echarri*, ant. *Echauerri*, *Goizueta*, ant. *Goizuuietá*, o el apellido *Echaide*, de *-bide*), se piensa inmediatamente que su etimología, más casera, puede muy bien ser **ume-berri* (cf. *eguerri*). Y esta hipótesis queda automáticamente confirmada por el sentido de «nueva cría de un animal» que tiene la palabra en BN y Sal. (Azk.).

éste se distinguen las sordas y las sonoras tanto en posición inicial como en intervocálica.

¿Cuál era el estado de cosas antiguo? Hay dos posibilidades: todas las *b-*, *d-*, *g-* modernas provienen de sordas primitivas, hipótesis que Gavel no descarta en absoluto, o bien *b* y *p*, etc., se distinguían antiguamente en posición inicial lo mismo que en interior de palabra y esta oposición se ha neutralizado en la primera a favor de la sonora, a la vez que se ha mantenido en la segunda. Gavel se inclinaba a esta última alternativa: un proceso de sonorización —una ley fonética— ha producido la confusión de las antiguas sordas iniciales con las antiguas sonoras.

Según Martinet, si el sistema de oclusivas del a. vasc. era del tipo

	-p-
p-	
	-b-

no se ven las razones de la sonorización regular de la inicial: “no parece haber ningún ejemplo de tal fenómeno que va contra todo cuanto sabemos acerca del comportamiento fonológico de la sonoridad.” Pero las dificultades son aún mayores si partimos de un tipo

p-	-p-
b-	-b-

¿Cómo pudieron descuidar los vascos en posición inicial —posición de diferenciación máxima— una distinción que seguían conservando en posición intervocálica? ¿Por qué la confusión tuvo lugar en favor de la sonora? Porque las influencias externas tenían que contribuir activamente a que la distinción se conservara en ambas posiciones.

3. Las exigencias teóricas, es decir, la dificultad para hallar otra explicación, llevan al autor a postular el siguiente estado de cosas: “la sonorización inicial... es debida a una influencia de los dialectos románicos vecinos que actuaba sobre los restos de un sistema consonántico primitivo que distinguía esencialmente dos series cuyas características, en posición de diferenciación óptima, eran respectivamente la aspiración y su ausencia.” Como en danés, la primera serie *P*, *T*, *K* se realizaba en posición “fuerte” como sordas aspiradas *ph*, *th*, *kh* y en posición “débil” como oclusivas sordas sin aspiración *p*, *t*, *k*. En cuanto a la segunda *B*, *D*, *G*, presentaba sordas suaves en posición “fuerte” y espirantes sonoras articuladas en el

mismo punto en posición débil. En el léxico tradicional danés coinciden prácticamente la inicial de palabra y la inicial de sílaba acentuada —la posición “fuerte”—, y una situación análoga se puede postular para el vasco, en fecha muy antigua.

Dado este sistema, se comprende que en palabras latinas como *pacem* o *picem* reprodujera el vasco la *p*-latina —no aspirada— por medio de su sorda —suave— no aspirada, realización del fonema *B*, y que al mismo tiempo reprodujera la *-c*-latina como *-k-*, realización del fonema *K* (2). “El resultado era, por lo tanto, *BaKe*, *BiKe*, es decir, fonológicamente, lo que encontramos en el vasco de hoy”. Pero se puede también suponer que en algún caso las sordas iniciales latinas hayan sido reproducidas por medio de las aspiradas vascas. Este sería en particular el caso de los vascos que conociendo el latín trataran de conservar la oposición latina *p / b* (*sorda / sonora*) y se extendería en dialectos en que la aspiración de *P* (sorda fuerte) fuera menos marcada o *B* (sorda suave) fuera parcialmente sonora.

Más adelante, las variantes iniciales de los fonemas *B*, *D*, *G* se sonorizaron por influencia románica, o bien, a partir de los casos en que correspondían a sordas románicas, conservaron o restablecieron su falta de sonoridad confundiendo entonces con las variantes interiores de *P*, *T*, *K*. Pero la teoría tiene una consecuencia necesaria de gran importancia para la reconstrucción de la forma antigua de las voces vascas. Si aceptamos con Gavel que los ejemplos actuales de sorda inicial son producto de la analogía, de la imitación de formas románicas o se han conservado excepcionalmente en palabras de carácter expresivo, nos es forzoso admitir que *P*-, *T*-, *K*- han desaparecido regularmente como tales “entre la fecha de los primeros préstamos del latín y la de los primeros textos vascos”. La misma frecuencia extraordinaria de iniciales vocálicas, con o sin *h*-, hace suponer, según Martinet, que un cierto número de fonemas iniciales ha podido desaparecer o confundirse en *h*- en época preliteraria.

(2) A juicio del autor, la alternancia gráfica *C/G* (*Cison/Gison*) en las inscripciones aquitanas indica claramente que se trataba de un sonido intermedio entre *c* y *g* latinas o sea, verosímelmente, una sorda suave. Unas consideraciones análogas, en cuyo apoyo se citaba precisamente esta vacilación gráfica, fueron hechas por Nils M. Holmer («A Proto-European Consonant System and the Pronunciation of Sumerian», *Studia Linguistica*), que trataba de establecer las características fonológicas de una serie de lenguas que se hablan o hablaban alrededor del Mediterráneo y entre ellas destacaba la ausencia de una serie sonora en las oclusivas. También para Holmer la distinción entre *t* y *d* vascas (que no coincidían con *t* o *d* latinas, de donde la vacilación en préstamos) no era originalmente de sonoridad y una antigua serie de oclusivas sordas se ha convertido en *b*-, *d*-, *g*- desde la época romana.

4. ¿Qué pensar de esta teoría? Ante todo, que tiene en su favor algo muy importante por razones de principio: su coherencia y su amplitud, que abarca la totalidad de los aspectos del problema. La caída de oclusivas iniciales, que ha sido repetidamente sostenida, encuentra ahora su puesto en la evolución desde un sistema antiguo postulado a uno moderno conocido. Esta hipótesis, basada en algunos hechos de innegable valor, no había encontrado hasta ahora, que yo sepa, una justificación teórica. Y por ello quizá pueda disculpárseme el haberme expresado contra ella de una manera demasiado rotunda, negando por lo menos su valor práctico "en tanto no sea posible indicar qué consonante se ha perdido o en qué condiciones precisas ha tenido lugar la pérdida" (*BRSVAP*, XI (1950), pgs. 445-446).

Dejando a un lado esta exigencia de orden general para cualquier teoría, puesto que la encontramos cumplida en este caso, hay que entrar en el estudio de los detalles. Salta a la vista, en primer lugar, que con ella queda explicado el hecho de que *B, D, G* se realicen como espirantes en posición intervocálica, aunque todos sigamos por brevedad llamándolas oclusivas. Es posible incluso que en este carácter de espirantes esté la explicación de la conocida neutralización de la oposición *sonora / sorda* detrás de sibilante y no en el restablecimiento de una sorda antigua, como quería Gavel. Recuérdese que *h* falta por completo detrás de *s* o *z* (3).

Pero el punto crítico consiste en saber si hay indicios directos de una pérdida regular de las oclusivas sordas iniciales. Mejor dicho: existen ciertos indicios, pero su interpretación no es unánime. Estos son fundamentalmente las formas con oclusiva inicial de los demostrativos en algunos dialectos de la Navarra oriental y las formas con oclusiva inicial de algunas palabras empleadas como sufijos (o segundos elementos de compuestos) que alternan con formas sin oclusiva

(3) La cuestión de si en *vasc. ant.* se distinguía una *b* oclusiva de una *b* espirante, como en *cast.* —aunque en éste la distinción no se limitaba a la posición interior—, que preocupaba a R. Menéndez Pidal (*Introducción al estudio de la lingüística vasca*, pg. 23), habrá de contestarse a mi entender negativamente. En la carencia de una *-b* oclusiva intervocálica he tratado de fundamentar la correspondencia *vasc. -p-*: *lat. -bb-* que se observa en *opaiz*, *ap(h)ez* (más *S aphantia* y una serie de topónimos) y *V zapatu* «sábado». Quizá podría añadirse *at(h)orra* para *-dd-* (*V. García de Diego, Manual de dialectología española*, pg. 294).

Me atrevería a proponer una explicación análoga para *vasc. ap(h)al*, suponiendo que el valor adverbial «(hacia) abajo» que tiene en el ejemplo salacenco citado por Azkue, *goitirik apal*, sea el primitivo, hipótesis que me parece no sólo defendible, sino incluso recomendable. Su origen sería el *lat. ad vallem*, con *-p-* por románico *-(b)b-* (cf. dial. de los Abruzzos *abballe*, Meyer-Lubke, *REW*³ 9134), aunque hay que advertir que el *fr.* y *prov. aval* tiene una espirante.

en su empleo como palabras autónomas. Es claro que la conservación esporádica de las sordas en algunas palabras independientes no tendría valor contra la hipótesis de su pérdida regular, pues pudieron mantenerse por motivos especiales como se ha mantenido *s-* en gr. *sys*, junto a *hys* o en galés *saith* "siete", *sil* "descendencia" (junto a *hil*) o, más cerca de nosotros, los numerosos ejemplos de *f-* en el cast. actual.

Nadie ha dado, que yo sepa, una explicación satisfactoria de *R kau* "éste" etc., dentro del supuesto de que la oclusiva no es antigua, pero hemos sido varios los que nos hemos resistido a aceptar su valor probativo extensible a la totalidad del vocabulario. En cuanto a *-kume*, *-kide*, *-tegi*, *-toki*, etc., las explicaciones alternativas se reducen a: 1) suponer sufijos compuestos con primer elemento *-ko* (p. ej. Gavel, *Phon. basque*, pgs. 385-386) y 2) *-t-* es o bien un elemento de unión entre ambos elementos del compuesto (teoría de Schuchardt) o bien la resultante de la última consonante del primer miembro al quedar en posición final de sílaba por pérdida de la vocal final, que es la tradicional en el país. Que la explicación por lo que respecta a *-t-* tiene base real es innegable. En este sentido pueden verse manifestaciones categóricas en G. Bähr (*Baskisch und Iberisch*, pg. 27) e incluso más, menos razonadas probablemente, pero no menos rotundas (*Emerita*, XVII (1949), pgs. 195-203) (4).

En todo caso, la situación en los textos y en los dialectos actuales es suficientemente confusa para que hasta ahora no haya podido aportarse ninguna prueba concluyente en uno u otro sentido. Aunque queda por ver si de un estudio más atento, completo y riguroso podrían obtenerse resultados interesantes.

4. Tal vez surja la objeción de que, dentro de la tesis de Martinet, los casos de pérdida de una oclusiva sorda inicial en préstamos no son tan numerosos como de primera intención podría esperarse. Hay, sin embargo, una serie de razones que pueden explicar parcialmente esta rareza y de todos modos la cuestión no se ha estudiado exhaustivamente. Lo que se suelen llamar ejemplos de pérdida de oclusivas

(4) Por cierto que en ese artículo (pg. 203) afirmaba yo que el *S hoki* es un variante de *toki* fundándome en la semejanza formal y en el primer sentido que Azkue le atribuye: «estado normal». Pero tanto Lhande como Larrasquet le dan el sentido fundamental de «taburete de tres pies». El último explica además el ejemplo *entüzü hokin*, que yo interpretaba por «no me encuentro en mi sitio», comparándolo con el fr. *je ne suis pas dans mon assiette*.

El interés que para mí ofrece esa voz radica en su aspecto «anormal», en vez del tipo «regular» **okhi*, que podría indicar la pérdida de una oclusiva inicial. Pero, ¿habrá que renunciar por completo a relacionarlo con *toki*?

iniciales son más bien casos en que—como es también el caso para las sibilantes e incluso otras consonantes iniciales—coexisten, distribuidas en las distintas variedades, variantes con sorda inicial y variantes sin ella, faltando generalmente variantes con inicial sonora.

Por si pudiera ser de alguna utilidad, reúno una breve lista, necesariamente incompleta, sacada casi exclusivamente de Azkue. Para *k-*, *abia*, S (y Dech.) *habia*: *kabi*, *kafia* “nido” (REW 1789); G *amaña* “cama de pastores, hecha de ramas”: *kamaña* (REW 1537); *amuts*: *kamuts* “embotado, desafilado” (fr., cat., prov. *camus* “chato”, REW 1555); *ardai*, *ardagai*: AN (Oyarzun) *kardakai*, AN, L *kardo* (*kardu*) “yesca” (si no hay contaminación con el nombre del cardo); *arranpa* (SNO *arrámpa*): *karranpa* “calambre” (REW 4753); *arrauka*, *arroka*: *karranka*, *karrau(s)ka*, *karroka* “hez de la leche”; *eskalu* (Garibay, 17: *eçcaluac* “peces pequeños”): *keskailo* “bermejuela” (que recuerda el lat. *squalus*); *okotz*: *kokots* “mentón” (REW 2370); *ota*: *kota* “paraje en que se recogen las gallinas, percha en que se posan”; *ozka* (*ozke*): *koska* “mella, muesca”; *upa* (*upe*), *upel(a)*: *kupa*, *kupel(a)* “tonel” (que Meyer-Lübke da en el núm. 2409, siguiendo a Schuchardt, cuando lo natural es pensar en el 2401 y el 2402); *uzkur*: *kuzkur* “encogido”. Un derivado de *cuppa* parece *opor*: *k(h)opor* (existe además *gop(h)or*) “copa, cuenco, escudilla”. (G. Rohlfs, RIEV, XXIV (1933), pg. 344). La forma **kazal* “piel, corteza”, que Uhlenbeck deducía de *az-kazal* “uña”, está apoyada por el R *kaxal* “corteza de árbol”. Un caso de *k-* añadida es *kaltzairu* (*galtzairu*) “acero”, junto a *altzairu*, debido probablemente a contaminación (cf. esp. *calzar*). Es seguramente análogo a éste *k(h)utxa*: (*h*)*utxa* S *hütxa* “arca” (cf. REW 4245, muy imconclusivo).

De *t-* sólo encuentro *arro* “barranco”: *tarro* “encañada, barranco”, ambos vizcaínos, *ok(h)il*: *tokil* “picatronicos (pájaro)”, y AN *opatu*: AN, G *topatu* “encontrar”. Un caso de pérdida, que parece seguro, es *aztatu* “tocar, tentar, etc.” (REW 8595), que se ha explicado por disimilación. Esta rareza de ejemplos no extraña demasiado, si tenemos en cuenta la rareza de las oclusivas apicales en posición inicial sobre la que vuelvo más adelante. Son en cambio numerosos los ejemplos de alternancia en el empleo autónomo de elementos usados como sufijos: *alde*: *talde*, *arte*: *tarte*, (*h*)*egi*: *tegi*, etc.

Para *p-*, además de *oker*: *poker* “eructo”, *ik(h)e* (Liç. *ikeçu*): *pike* “cuesta muy pendiente”, *utz* (S *hütz*): *putz* (*butz*, *bütz*) y su derivado *uzkar*, *uzker* (S *üzker*): *puzkar*, *puzker*. Podría muy bien ser miembro de la familia de (*p*)*utz* *uzki* (*uzku*, S *üzkü*) “trasero” que constituiría un curioso paralelo semántico a la aproximación, propuesta por Uhlenbeck, de *vasc. eperdi*, etc., con gr. *pérdomai*, a.a.a. *ferzan*, etc.

Muchos de los componentes de esta lista no parecen muy antiguos y la alternancia será debida en ocasiones a causas particulares (disimilación o reducción de un grupo inicial, p. ej.). Son suficientes en todo caso para mostrar que en la conciencia de los hablantes ha existido una cierta inseguridad con respecto a la posición inicial. Hay que volver a insistir, por otra parte, en la influencia de las lenguas románicas vecinas que muy bien ha podido impedir que la lengua llevara a término tendencias fonéticas que dentro de ella se manifestaban. Un buen ejemplo de los distintos procedimientos de acomodación de elementos extraños nos lo ofrecen las variantes *fiko*, *iko*, *piko* (lat. *ficus*) o *biru*, *iru*, *piru*, *phiru* (lat. *filum*), y aún podían haber existido otras con *h-* o *m-*. Para *p-* latina, el suletino tiene representantes con *b-*, *ph-* y *p-*. ¿Será éste el orden cronológico? Admitirlo supondría de seguro simplificar excesivamente el problema.

También en el acento han podido manifestarse tendencias diversas. Martinet postula un acento automático en la inicial para el vasco antiguo; mis consideraciones sobre las oclusivas aspiradas me han llevado a sugerir que los bisílabos llevaban el acento en la sílaba final. Pero, aun cuando ambas teorías correspondieran aproximadamente a una realidad, ésta sería la realidad de dos momentos distintos y el de Martinet sería más antiguo que el mío. Porque, en efecto, para limitarnos a las palabras que empezaban originalmente por una oclusiva sorda fuerte, el estado de cosas normal dentro de su hipótesis sería que estas palabras llevaran, en lugar de la oclusiva perdida, una aspiración inicial y que la oclusiva fuerte interior, si alguna tenían, no fuera aspirada. Pero ya hemos visto que en el vasco conocido ocurre exactamente lo contrario: el tipo *akher* es muy frecuente, en tanto que el tipo *hoki* sólo cuenta con escasos representantes. Habría pues que contar, dentro de su hipótesis, con una etapa posterior que explicara el estado actual.

6. Otro de los méritos del artículo de Martinet es el haber puesto de relieve la asimetría del sistema vasco de oclusivas. *P* es en efecto un fonema raro, no sólo en posición inicial y en palabras antiguas, como se dice repitiendo a Schuchardt, sino precisamente en posición intervocálica donde es sensiblemente menos frecuente que *t* o *k*. Y la frecuencia sería bastante menor si nos atuviéramos tan sólo a aquellas palabras en que no se puede demostrar que *p* es relativamente reciente.

Tendríamos para ello que prescindir de los préstamos latino-románicos, algunos de los cuales están aún por señalar (5). De este nu-

(5) El *G apendu* «vengarse», que debe estar muy escasamente atestiguado y carece de parientes, puede ser un representante del lat. *appendere*

merosísimo grupo mencionaré, por citar alguno, Oih. (Prov. 367) *ka-pare* "hidalgo", esp., cat., port., prov. *cabal* (REW 1668). También son numerosas las palabras en que *-p-* es secundaria y procedente de *-b-*, bien tras sibilante (*a(h)izpa*, con el mismo sufijo que *arriba*, etc.; cf. AN *kazpel* "cuzuela"), bien tras oclusiva en composición (V *arpiga(e)* "oveja de un año, que no ha parido"). Puede también proceder de *-m-* por disimilación de nasalización: suf. *-pen* (de *-men*), *ipi-ña* "cuarta (medida de granos)" (lat. *hemina*, REW 4105). Y hay finalmente casos en que es variante de *-f-* (y ésta procedente en muchos casos de *-b-*): AN, G *a(a)pi*, "nido", G *alper* (variantes *afer*, *alfer*, *aufer*, S *auher*, con el diptongo conservado) "holgazán": prov. *aufié* (REW 4002). Cf. *in villa Nunno-falzahuri* (Cart. de San Millán, número 237, año 1078) (6).

Quedarían después por estudiar los casos de alternancia *-b-/-p-* en algunos radicales verbales antiguos (*ephaite/ebaki*, vizc. ant. *irapazi/irabazi*) que tiene su paralelo en la alternancia *-g-/-k-* (*ikan/igan*, *ek(h)arri/egari*, etc.). Tras de esta reducción quedaría una lista todavía considerable que ofrecería el mayor interés para un examen de conjunto, aun cuando en algunos casos se trataría de compuestos (*ip(h)ar*, *ifar* "Norte" que se opone al común *ibar* "valle"?) cuyo análisis ya no es posible.

6. Hay otra falta de simetría en el sistema de las oclusivas vascas: la ausencia de apicales iniciales, no sólo de *t-*, como ya sostuvo Uhlenbeck, sino también de *d-*, como señaló repetidamente G. Bähr (por último en *Baskisch und Iberisch*, pg. 171). Si examinamos un diccionario vasco, llama inmediatamente la atención el reducido número de páginas dedicadas a *d-* y *t-* y su contenido, salvo algunas voces difíciles, puede muy bien distribuirse en los siguientes grupos:

con un sentido de «pagar» no conocido en románico (REW 543). Un paralelo caucásico propone Bouda en *E-J.*, IV, (1950), pgs. 335-338, núm. 22.

(6) Sería muy conveniente llegar a criterios claros acerca del cambio *-p < f < -b-*, así como sobre el cambio opuesto *-p > -f-* que parece darse p. ej. en *afo* «sapo». Un caso en que muy probablemente *-p-* es secundario es *napar* (*nafar*) «navarro». En fuentes latino-románicas Navarra aparece siempre con *v* desde su primera aparición, al año 810, en la «Vita Karoli Magni» de Einhardo (Schulten, RIEV XVIII (1927), pg. 239). La *f* de la forma vasca está atestiguada, desde 1025: *Naffarrate*, actual *Nafarrate* en Alava.

Del mismo modo, a pesar de la explicación de Schuchardt (*Museum*, 10, pg. 397) que propone como origen el lat. **apparium*, la variante *apari* «cena» es secundaria. Las formas vascas S *aíhá(r)i*, R *aigari*, BN *auhari*, Sal. *abari*, BN, G, L, V *afari* (Liç. *affari*) suponen una forma común **auari*, **awari*. No así BN, S *aphairu* (SNO *apáidü*, S según Liç. *appairu-ya* «othorátza», R *apario* «comida en general»).

1) derivados de formas verbales personales (7), 2) préstamos, 3) voces onomatopéicas y 4) un número reducido de voces en que la oclusiva apical es secundaria (p. ej. *dostatu* "jugar", junto a *jostatu*: lat. *iuxtare*).

Participios como *e-da-n*, *e-du-ki*, *e-t(h)orr-i*, etc., parecen atestiguar por su parte que en un tiempo no faltaron palabras con apical inicial. Razones de orden general inclinan también a pensar que esa asimetría no siempre habrá existido. La situación actual parece, pues, consecuencia de cambios fonéticos y, aunque se trata de un fenómeno sustancialmente cumplido por lo que puede verse con anterioridad a la entrada de elementos latinos en la lengua, puede tener algún interés el examen de posibilidades que por razones teóricas o empíricas se ofrecen a la consideración.

Un cambio *t*, *d* > *t* está atestiguado en *leka* "vaina" y en algunos casos, que parecen recientes, como R *lantzatu* "bailar", *lanjer* (j africada sonora) "peligro" *lizifrina* "disciplina" en los dialectos orientales. Un ejemplo del mayor valor por su antigüedad sería el *Tárraga* que Ptolomeo (2, 6, 66) sitúa entre los vascones (8) si, aparte de otras razones, fuera segura su identificación con el *Larraga* actual.

De prótesis vocálica ha hablado repetidamente K. Bouda con el apoyo de paralelos caucásicos. Habría que considerar aquí el nombre de población *Atharratze* "Tardets", que he visto explicado por aglutinación de la preposición latina *ad* (9). Quizá el mejor ejemplo, que no he visto señalado antes, sea *et(h)en*, *et(h)endu*, cuyo sentido principal es "romper algo (p. ej. una cuerda) tirando de ambos extremos" y cuya *-n* es radical, a pesar del SNO *ethéite* que será analógico. Esto en el supuesto de que no se trate de un elemento prelatino relacionado con el i.-e. **ten-* (a.i. *tanóti*, gr. *téinó*, etc.), en cuyo caso *e-* sería sencillamente el prefijo corriente en participios antiguos (10).

(7) Como es bien sabido, *d-* abunda extraordinariamente en las formas de presente. Este es un buen ejemplo de las distintas condiciones fonéticas a que han estado sometidas las formas propiamente verbales con relación a las nominales.

(8) *Terracha* en el Ravenate. V. A. Schulten, *RIEV*, XVIII (1927), página 231.

(9) «A baskongados les he oído decir *Etudela*, *Atarazona*, en vez de *Tudela*, *Trazona*». A. Campión, *RIEV*, II (1908), pg. 756.

(10) De suponerlo tardío, habría que pensar en el lat *tendere* (o en *tentum*). De los préstamos en que *-tu* se une directamente al radical románico se ocupó ya Schuchardt (*Das Baskische und die Sprachwissenschaft*, pg. 24). El procedimiento parece particularmente frecuente detrás de *n*. Además de los citados por Schuchardt (*apaindu* y el más inseguro *ezkondu*, lat. *spondere*), podrían citarse *mantendu* «mantener», *konpondu* «componer». Aquí entraría, según he propuesto más arriba, *apendu* de *appendere* y, si se mantiene la etimología *gebendu* «prohibir» de *defendere* (REW 2517), no

Quedan por considerar, con Martinet, dos posibilidades, quizá más prometedoras. De la asibilación se han ocupado Uhlenbeck y Gavel y hay ejemplos indiscutibles, (AN *txastatu* "gustar", junto a *dastatu*), pero que, al menos parcialmente, pueden explicarse como consecuencia de la palatalización tan frecuente en el lenguaje afectivo vasco. Queda la pérdida simple, pasando quizá por *h-*. Aquí la confusión entre formas sufijales y autónomas de las palabras que pudieran dar luz en la materia es, como ya he dicho, excesiva y para que los préstamos o los estudios comparativos puedan aclarar algo hay que remontarse a los tiempos anteriores a la penetración romana, terreno todavía inseguro. Recordando, sin embargo, la aproximación de Václav Polák (*Studia Linguistica*, IV (1950), pg. 101) entre georg. *t'pili*, *tbili* "caliente", en que con mucha probabilidad se puede presumir la pérdida de una vocal entre las dos primeras consonantes, e i.-e. **tep-* (lat. *tepidus*, a.esl. *teplu*, etc.), me atrevería a extender la comparación al vasco. *ep(h)el* "tibio" y, en sentido traslaticio, "insustancial, sin fundamento", que tiene una variante *txepel* con sentidos derivados de "pusilánime", "insulso", etc.) (11).

7. El artículo que comento, y del que me he apartado con estas digresiones, busca la posibilidad de establecer una correspondencia entre la evolución postulada para las oclusivas y la de las sibilantes, intento al que renuncia el autor: "no se puede por lo tanto asimilar completamente el caso de las sibilantes al de las oclusivas".

Es posible, a mi entender, hallar un cierto paralelismo, aunque en otra dirección. Usando las mismas palabras que Martinet emplea hablando de las oclusivas (y subrayo las que he cambiado en su formulación), se podría decir que "la evolución fonética normal del vasco tendía hacia un tipo fonológico en que cada uno de los tipos sibilantes... debía estar representado en posición inicial por un solo fonema de realización *espirante*, en posición final por un solo fonema de realización *africada*, y en interior de palabra, al menos entre vocales, por dos fonemas, uno *espirante* y otro *africado*." En otras palabras, así como en las oclusivas se tendía a mantener la oposición *sorda/sonora* tan sólo en posición intervocálica (o, por lo menos, interior), del mismo modo se tendía a mantener sólo en esa posición la oposición *africada/espirante* en las sibilantes. Por el con-

yeo por qué no se ha de proponer que G, V *obendu* «inclinarse, ladearse, «dafiarse» proceda de *offendere*. Para -b- por lat. -ff-, cf. S *obenda*, *oberta* «frenda». El sust. (h)oben, (h)ogen sería postverbal: cf. SNO *ogendánt* «culpable», cuyo tema es *ogend-*. Junto a *gebendu* ha existido también *geben* «verdado».

(11) En georg., según Meckelein, *tbil-tbili* significa «tibio». La forma vasca está bastante representada en toponimia, sobre todo en Navarra y Guipúzcoa: *Epela*, *Epele(a)*, *Epeloa*, *Urepel*, etc.

trario, se tendría a neutralizarlas, tanto en las oclusivas como en las sibilantes, en inicial y en final de palabra, en favor de uno u otro de los tipos.

Esta formulación no encontrará reparos, según espero, por lo que respecta a la inicial, ya que, mientras las otras africadas no ocurren más que en algunas palabras de carácter expresivo, *tx-* sólo es un hecho dialectal, aunque su distribución tanto especial como dentro de una misma variedad no deja de plantear problemas delicados. Bastará citar como ejemplo algunas formas verbales: *zaio/na-tzaio* (S *nitzazio*), *zi-tzaion*; V *jako/na-txako*. Pero, por lo que respecta a la posición final, las ideas de Gavel (*Phon. basque*, pg. 163 ss.), que no creo acertadas, han sido en general aceptadas sin objeciones. Como no me es posible entrar ahora en un análisis detenido, me limitaré a apuntar los siguientes detalles: 1) la frecuencia sorprendente con que los nombres antiguos terminan en una africada, mientras que los terminados en espirante son rarísimos (*arrats*, (*h*)*ats*, (*h*)*atz*, *aketz*, *bits*, (*h*)*itz*, (*h*)*arotz*, *arrotz*, (*h*)*ots*, (*h*)*otz*, (*h*)*uts*, *hütz*, etc.); 2) los préstamos presentan normalmente una africada (*bori(h)itz*, *gorputz*, S *kórophitz*, *kamuts*, *lap(h)itz*, *oputz*) (12); 3) alternancias como (*h*)*auts* "polvo / G, V ausi "romper, *gatz*" *gazi*, *gazura*, *ugatz* / *ugaz*-(*u*)*gazama*, etc.), aun suponiendo que, con Lafon, haya que separar (*h*)*ats* de *asarre*, *aserre*.

Quiero señalar, además, que este tratamiento en posición final no carece de paralelo hasta cierto punto en los dialectos de Francia meridional: prov. *bratz/brasa*, *lutz/luzir*, etc.

Mis afirmaciones se limitan, por otra parte, a los nombres. Quedarían, por tanto, excluidos, en particular, 1) las formas verbales personales (*naiz*, etc., pero *litz*), 2) los sufijos de declinación (-*z*, etc.) y 3) partículas como los adverbios *noiz*, *goiz*, *maiz* (que es además seguramente un préstamo). La tendencia a la africación se ha manifestado incluso, a mi juicio, en alguno de estos casos (así se explicaría la alternancia *-lakoz/-lakotz* que Gavel interpreta de manera opuesta), aunque sin llegar a generalizarse.

(12) En préstamos recientes se conserva la espirante: G *babes* «protección, amparo» esp. *pavés* (REW 6311), *erraz*, *errez* «fácil, fácilmente», a. esp. *rañez rahez*, Berceo *nehez*(mientras) «fácilmente» (REW 7013a). También termina en espirante *apaiz*, *ap(h)ez*, que plantea distintos y complicados problemas. El SNO *aphéz* supone, por su acentuación, una contracción en la última sílaba. El examen de las formas vascas conduce inconfundiblemente a un vasc. común **apaez*, cualquiera que pueda ser la explicación de esta forma.